

# PHILIP K. DICK

La burbuja rota



El pinchadiscos Jim Briskin, su anterior mujer Pat y el matrimonio adolescente formado por Art y Rachael son cuatro almas perdidas, capaces de actuar de un modo irracional y, en ocasiones, de forma violenta. Jim todavía quiere a su antigua esposa, le encanta la música clásica y el rock and roll. Pat no quiere a nadie. Art y Rachael adoran a Jim porque lo escuchan en la radio. Jim, por su parte, se considera en cierto modo una figura paterna para Art y Rachael, quien está embarazada.

Después de que Art quede seducido por Pat, sobre Jim y Rachael recae la tarea de salvarse tanto ellos como a sus antiguas parejas. Pero la vida es algo caótico y brutal, e incluso los actos realizados con la mejor de las intenciones pueden provocar el efecto contrario...

## Uno

Luke comercia a lo grande. El verano ya está aquí y Luke está preparado para hacer un trato contigo, más que preparado, en tres grandes parcelas, todas ellas a reventar de coches, coches, coches. ¿Cuánto crees que vale tu viejo coche? Quizás valga más de lo que piensas frente a un Plymouth o un Chevrolet sedán de cuatro puertas o a un Ford Ranch Wagon de lujo personalizado, todos completamente nuevos. Luke hace negocios a lo grande hoy día, comprando a lo grande y vendiendo a lo grande. Luke piensa a lo grande. ¡Luke es grande!

Antes de que Luke viniera, esto no era una gran ciudad. Ahora es una ciudad de grandes coches. Ahora todos conducen un nuevo DeSoto con ventanillas eléctricas y asientos automáticos. Ven a ver a Luke. Luke nació en Oklahoma y después se mudó aquí, a la gran y soleada California. Lo hizo en 1946, después de que derrotáramos a los japos. Escucha ese camión con megáfonos que sube y baja por las calles. Escúchalo ir y venir; no para de moverse. Tira de ese gran letrero rojo y todo el tiempo toca *Too Fat Polka* y dice: «Sin importar la marca o condición de su coche viejo...». ¿Oyes eso? No importa qué tipo de cacharro tengas. Luke te dará doscientos dólares por él si puedes arrastrarlo, remolcarlo o empujarlo hasta su parcela.

Luke lleva puesto un sombrero de paja. Viste con un traje gris cruzado y usa zapatos con suela de crepé. En el bolsillo de la chaqueta lleva tres plumas estilográficas y

dos bolígrafos. Dentro de la chaqueta tiene un catálogo de coches que saca para decirte cuánto vale tu cacharro. Mira ese sol caluroso de California sobre Luke. Mira su gran rostro sudoroso. Míralo sonreír. Cuando Luke sonríe, te desliza veinte dólares en el bolsillo. Luke regala dinero.

Estamos en Automobile Row; estamos en la calle de los automóviles, avenida Van Ness, San Francisco. Hay escaparates por todos lados, en toda su longitud, arriba y abajo, con los cristales cubiertos de palabras escritas en pintura de cartel roja y blanca; las pancartas están colocadas en lo más alto y las banderas revolotean, y sobre algunas parcelas de coches hay hileras de tiras de aluminio de colores atadas a alambres. Y hay globos y, por la noche, luces. Por la noche, se colocan las cadenas y los coches quedan bloqueados, pero las luces se encienden, unos buenos focos, unos grandes chorros de color capaces de freír a los bichos. Y Luke tiene sus payasos, su casa de estilo victoriano pintada y sus amables payasos; se quedan de pie en el tejado del edificio y agitan los brazos. Luke tiene sus micrófonos, y sus vendedores llaman a la gente. ¡Un litro de aceite de motor gratis! ¡Comida gratis! Caramelos gratis y pistolas de juguete para los niños. La guitarra acústica canta, y a Luke le suena maravillosa. Le suena como si estuviera en su hogar.

Mientras sostenía su maletín con sus iniciales, Bob Posin se preguntó si lo habrían reconocido como un vendedor, lo que de hecho era. Alargó la mano y se presentó.

–Soy Bob Posin. De Radio KOIF. Soy jefe de ventas.

Estaba en la parcela de coches de segunda mano de Looney Luke, tratando de vender tiempo de emisión.

–Sí –dijo Sharpstein mientras se hurgaba entre los dientes con un mondadientes de plata. Llevaba unos pantalones grises y una camisa de color amarillo limón. Como todos los vendedores de coches de segunda mano de la

costa, tenía la piel roja y seca, y escamosa alrededor de la nariz—. Nos preguntábamos cuándo se pondría en contacto con nosotros.

Echaron a caminar entre los coches.

—Tiene unos coches con muy buen aspecto —comentó Posin.

—Todos están limpios —contestó Sharpstein—. Todos y cada uno de ellos está limpio y preparado.

—¿Eres Luke?

—Sí, soy Luke.

—¿Has pensado en hacer publicidad por la radio?

Esa era la gran pregunta.

Sharpstein se frotó el pómulo mientras contestaba.

—¿Qué cobertura tiene tu emisora?

Le proporcionó un cálculo que era dos veces la capacidad real; en aquellos momentos, estaba dispuesto a contestar lo que hiciera falta. La televisión era la que conseguía la mayoría de las cuentas publicitarias, y ya no quedaba nada más que la cerveza Regal Pale y los cigarrillos con filtro L&M. Las emisoras de AM independientes estaban en una mala situación.

—Hemos hecho algunos anuncios en la televisión —dijo Sharpstein—. Funcionan bastante bien, pero también son un poco caros, la verdad.

—¿Y por qué pagar por la cobertura de toda la zona del norte de California cuando tus clientes están aquí, en San Francisco?

Aquello era un buen argumento. La emisora KOIF, con sus mil vatios de potencia operativa, llegaba a tantas personas en San Francisco como la red AM y las emisoras de televisión, pero solo costaba una fracción del gasto en televisión.

Caminaron lentamente hasta la oficina del concesionario de coches. Al llegar al escritorio, Posin anotó unas cuantas cifras en un bloc.

—Me parece bien —dijo Sharpstein, con los brazos detrás de la cabeza y un pie sobre la mesa—. Ahora dime una cosa: tengo que admitir que nunca he escuchado tu emisora. ¿Tienes algún tipo de horario que pueda ver?

KOIF empezaba a emitir a las cinco cuarenta y cinco de la mañana, con noticias y parte meteorológico y música de los Sons of the Pioneers.

—Ajá —dijo Sharpstein.

Luego cinco horas de música popular. Luego las noticias del mediodía. Luego dos horas de música popular de discos y transcripciones. Luego venía «Club 17», el programa de rock and roll para los niños, hasta las cinco. Luego una hora de opereta en español, charlas y música de acordeón. Luego música de cena desde las seis hasta las ocho. Luego...

—En otras palabras —lo interrumpió Sharpstein—, lo habitual.

—Es una programación equilibrada.

Música, noticias, deportes y religión. Más los anuncios. Eso era lo que mantenía a flote la emisora.

—A ver qué te parece esto —dijo Sharpstein—. ¿Qué tal un anuncio cada media hora entre las ocho de la mañana y las once de la noche? Treinta anuncios de un minuto al día, siete días a la semana.

Posin se quedó boquiabierto. ¡Dios!

—Lo digo en serio —dijo Sharpstein.

El sudor empapó las mangas de la camisa de nailon de Posin.

—Veamos cuánto sería eso.

Anotó unas cuantas cifras. Menudo dineral. El sudor le empezó a picar en los ojos. Sharpstein examinó las cifras.

—Me parece bien. Será provisional, por supuesto. Lo probaremos un mes y veremos qué tipo de respuesta hay. No hemos quedado satisfechos con los anuncios del *Examiner*.

–Nadie lo lee –contestó Posin con voz ronca. «Espera a que Ted Haynes, el dueño de KOIF, se entere»–. Yo mismo prepararé los textos. Me encargaré en persona de tu material.

–¿Quieres decir escribirlo?

–Sí –asintió. Cualquier cosa, o todo.

–Nosotros suministraremos el material –comentó Sharpstein–. Viene de Kansas City, lo mandan los jefazos. Somos parte de una cadena. Vosotros simplemente lo emitiréis.

La emisora de radio KOIF estaba ubicada en la estrecha y empinada calle Geary, en el centro de San Francisco, en el último piso del edificio McLaughlen. El edificio era un bloque de madera de oficinas antiguo y con corrientes de aire, con un sofá en el vestíbulo. Tenía un ascensor, una jaula de hierro, pero los empleados de la emisora normalmente subían por la escalera.

La puerta de la escalera daba a un pasillo. A la izquierda estaba el despacho principal de la KOIF, con un escritorio, una máquina de mimeografía, una máquina de escribir, un teléfono y dos sillas de madera. A la derecha había la ventana de vidrio que daba a la sala de control. El suelo de tablones anchos estaba sin pintar. Los techos, muy altos, eran de yeso de un color amarillento, con telarañas. Varias de las oficinas se utilizaban como almacenes. Hacia la parte de atrás, lejos del ruido del tráfico, estaban los estudios. El más pequeño de los dos era el estudio de grabación y el otro, con puertas más adecuadas y paredes insonorizadas, era para la emisión. En el estudio de emisión había un piano de cola. Un pasillo dividía la emisora en dos secciones y separaba las oficinas principales de una gran sala en la que había una mesa de roble sobre la que se apilaban montones de cartas dobladas y desdobladas, sobres, cajas, como si fuera el centro de trabajo de la sede

de una campaña electoral. A su lado, la estancia en la que se ubicaban los controles de transmisión, la mesa de mezclas, un micrófono oscilante, dos tocadiscos Presto, estanterías verticales llenas de discos y un armario con material en cuya puerta habían clavado con chinchetas una fotografía de Eartha Kitt. Y, por supuesto, había un baño y un salón alfombrado para visitas. Y un armario donde colgar abrigos o sombreros, y para guardar escobas.

Una puerta en la parte posterior del pasillo del estudio llevaba al tejado. Una pasarela conducía más allá de las chimeneas y los tragaluces hasta un tramo de temblorosa escalera de madera que terminaba en la escalera de incendios. La puerta del tejado no tenía cerradura. De vez en cuando, los empleados de la emisora salían a la pasarela para fumar.

Era la una y media de la tarde y KOIF estaba emitiendo canciones de los Crewcuts. Bob Posin había llevado el contrato firmado con Looney Luke Automotive Sales y había vuelto a salir. En su escritorio de la recepción, Patricia Gray escribía a máquina la relación de las facturas del archivo de cuentas que quedaban por cobrar. En la sala de control, Frank Hubble, uno de los locutores de la emisora, estaba reclinado en su silla y hablaba por teléfono. La música de los Crewcuts, que salía del altavoz instalado en la esquina superior de la pared, llenaba la oficina.

La puerta de la escalera se abrió y entró otro locutor: alto, delgado, un individuo con aspecto bastante preocupado que vestía un abrigo holgado. Bajo el brazo llevaba bastantes discos.

—Hola —saludó.

Patricia dejó de escribir.

—¿Has estado escuchando la emisora? —le preguntó.

—No.

Preocupado, Jim Briskin buscó un lugar para dejar su carga de discos.

–Llegó algo del material de Looney Luke. Hubble y Flannery han estado emitiéndolo a ratos. Una parte del material está grabado, el resto no.

Una lenta sonrisa se extendió por su rostro. Tenía una cara larga de rasgos caballunos, con esa mandíbula demasiado grande que muchos locutores parecen tener. Tenía unos ojos pálidos, suaves; el cabello era de color gris parduzco y comenzaba a escasearle por delante.

–¿De qué va eso?

–Del concesionario de coches usados que está en Van Ness.

Tenía la cabeza puesta en la programación de la tarde. Estaba planeando «Club 17», su programa, con sus tres horas de música y charlas para los chicos.

–¿Y qué tal es? –quiso saber.

–Es simplemente horrible –Le puso una página del material publicitario delante. Jim apoyó los discos sobre la cadera y leyó las páginas mecanografiadas—. ¿Vas a llamar a Haynes y leerle «eso»? Bob lo llamó y no le comentó nada de esto, solo habló de los ingresos que supondría.

–Calla un momento –le dijo mientras seguía leyendo.

1A: ¡El coche que compres HOY en Looney Luke estará LIMPIO! ¡Y se MANTENDRÁ LIMPIO! ¡Looney Luke LO GARANTIZA!

2A (Eco): ¡LIMPIO! ¡LIMPIO! ¡LIMPIO!

1A: Un automóvil LIMPIO... Un tapizado LIMPIO... Una OFERTA LIMPIA de Looney Luke, el concesionario de coches a gran escala que VENDE MÁS a gran escala que TODOS LOS DEMÁS concesionarios de coches en la zona de la bahía.

2A (Eco): ¡VENDE! ¡VENDE! ¡VENDE!

Las instrucciones en el guion indicaban que el locutor debía grabar las partes del eco por adelantado; el contrapunto sería su propia voz reverberando contra sí misma.

–¿Y?

Le parecía algo normal, el tono habitual utilizado en la venta de coches usados.

–Pero es que es en tu tiempo. En la franja de la música para la cena. Entre la obertura de *Romeo y Julieta*... –consultó la programación vespertina– y *Till Eulenspiegel*.

Jim cogió el teléfono y marcó el número de la casa de Ted Haynes. Al cabo de unos momentos se oyó la voz mesurada de Haynes diciendo:

–¿Quién es?

–Soy Jim Briskin.

–¿Llamas desde tu casa o desde el teléfono de la emisora?

–Cuéntale lo de la risa –le indicó Pat.

–¿Qué? –dijo Jim después de tapar con la mano el micrófono del teléfono. Y entonces recordó la risa.

La risa era algo característico de Looney Luke. El camión con megáfonos la llevaba por toda la ciudad, y los altavoces en las torres iluminadas del concesionario de automóviles la hacían restallar sobre los coches y los peatones. Era una risa enloquecida, de casa de la risa de la feria. Sonaba una y otra vez, subiendo y bajando de volumen, ascendía lentamente desde el vientre poco a poco y luego estallaba en las fosas nasales, convertida de repente en una risa aguda, muy estridente. La risa burbujeaba y gímoteaba; había algo mal en ella, algo terrible y básico. La risa se convertía en una carcajada histérica. Luego, ya no podía contenerse más: estallaba, babeante y fragmentada. A continuación la risa se desplomaba, sin aliento, jadeante, agotada por la experiencia. Y después, tras respirar profundamente, comenzaba de nuevo. Seguía y seguía, durante quince horas sin tregua, resonando por encima de los relucientes Ford y Plymouth, por encima del negro con botas que le llegaban hasta la rodilla que se dedicaba a lavar los coches, sobre los vendedores con sus trajes de tonos pastel, sobre las parcelas lisas, los edificios de oficinas, el distrito comercial del centro de San Francisco,

y finalmente sobre los barrios residenciales, sobre los edificios de apartamentos con esas paredes individuales que los unían en hileras, sobre las nuevas casas de cemento que había cerca de la playa, sobre todas las casas y todas las tiendas, sobre toda la gente de la ciudad.

–Señor Haynes –le dijo–, tengo material de Looney Luke aquí para el programa de música para la cena. Esto no va a servir, no con el tipo de audiencia que tengo. Las ancianas del parque no compran coches usados. Y quitarán esto en cuanto puedan llegar a la radio. Y...

–Entiendo lo que quieres decir –lo interrumpió Haynes –, pero tengo entendido que Posin acordó transmitir el material de Sharpstein directamente en la emisión cada media hora. Y de todos modos, Jim, esto es básicamente un experimento.

–Está bien. Pero cuando hayamos terminado, no tendremos ancianas ni ninguna otra clase de patrocinador. Y para entonces Luke habrá vendido sus noventa coches Hudson del 55 o lo que quiera que esté vendiendo. Y luego ¿qué? ¿Acaso nos vamos a creer que va a seguir con esto después de que reviente a la competencia? Esto es solo para eliminarlos.

–Tienes razón –admitió Haynes.

–Pues claro que la tengo.

–Supongo que Posin la cagó con esto.

–Me temo que sí.

Haynes insistió.

–Bueno, hemos firmado el contrato. Sigamos adelante y terminemos nuestro compromiso con Sharpstein, y en el futuro ya tendremos más cuidado con este tipo de cosas.

–Pero ¿eso quiere decir que quiere que siga adelante y emita esto en mitad del programa de música para la cena? Escuche esto.

Alargó la mano hacia el guion y Pat se lo entregó.

–Sé lo que pone –lo interrumpió Haynes–. Lo he oído en otras emisoras independientes. Pero me parece que, si

tenemos en cuenta el contrato firmado, estamos realmente obligados a seguir adelante con esto. Sería una mala política retirarnos ahora.

–Pero señor Haynes, esto va a acabar con nosotros.

Sin duda, acabaría con el patrocinio de la música clásica. Los pequeños restaurantes que apoyaban la música clásica se retirarían, se esfumarían.

–Vamos a probar a ver –dijo Haynes con un tono de voz que indicaba el fin de la discusión–. ¿Vale, muchacho? Todo saldrá bien. Ten en cuenta que ahora mismo es nuestra cuenta de publicidad más productiva. Debes tener una visión a largo plazo. Puede ser que algunos de esos pequeños restaurantes elegantes se pongan gruñones durante cierto tiempo..., pero volverán. ¿Verdad, muchacho?

Discutieron un poco más, pero al final Jim se dio por vencido y se despidió.

–Gracias por llamarme –le dijo Haynes–. Me alegra que quieras discutir este tipo de problemas conmigo, a las claras, y que podamos hablar sobre cosas así.

Jim dejó el teléfono y dijo:

–Los coches de Luke son coches limpios.

–Entonces, ¿la cosa sigue adelante? –quiso saber Patricia.

Llevó el guion al estudio de grabación y comenzó a meter la parte «2A (Eco)» en la cinta. Luego encendió el otro Ampex y grabó la «1A» también, para después combinar ambas partes y que en el momento del programa solo tuviera que activar la cinta. Cuando terminó, rebobinó la cinta y la reprodujo. Su propia voz de locutor profesional dijo desde los altavoces: «El coche que compres HOY en Looney Luke...».

Le echó un vistazo a su correo mientras aquello sonaba. Las primeras cartas eran peticiones de niños para que pusiera canciones pop de moda, que colocó en la pila pa-

ra el programa de la tarde. Luego una queja de un hombre de negocios, un individuo extrovertido y práctico que protestaba porque, según él, se estaba emitiendo demasiada música de cámara en el programa de música para la hora de la cena. Luego una dulce nota de una anciana muy amable llamada Edith Holcum, que vivía en Stonestown, en la que le decía cuánto disfrutaba de la maravillosa música y lo contenta que estaba de que la emisora siguiera emitiéndola.

Sangre para mis venas, pensó, poniendo su carta donde pudiera encontrarla luego. Algo que mostrar a los anunciantes. Seguía con la lucha... Cinco años de trabajo manteniendo la pretensión de que aquello era su máximo interés en la vida. Se entregaba a aquello, a su música y sus programas. A su causa.

—¿Vas a poner la *Sinfonía Fantástica* esta noche? —le preguntó Pat desde la puerta.

—Eso pensaba hacer.

Entró en el estudio y se sentó frente a él, en el cómodo sillón. Una luz brilló con una chispa amarilla cuando encendió un cigarrillo con su mechero. Era un regalo que le había hecho él hacía tres años. Las medias le susurraron cuando cruzó las piernas y se alisó la falda. En el pasado, había sido su esposa. Unos cuantos detalles insignificantes todavía los mantenían relacionados; la sinfonía de Berlioz era uno de ellos. Se trataba de una de sus viejas piezas favoritas, y cuando la escuchaba, todo el pasado lo inundaba: olores, sabores, y el susurro, como en ese momento, de su falda. A ella le gustaban las faldas largas y pesadas llenas de colores, los cinturones anchos y el tipo de blusa sin mangas que le recordaba a los camisones de las chicas en las portadas de las novelas históricas. Su cabello también era una masa fluida sin peinar, oscura, suave y siempre acogedora a su modo. En realidad, ella no era muy grande; pesaba exactamente cincuenta kilos. Tenía los huesos pequeños. Huecos, como ella misma le había ase-

gurado una vez. Como los de una ardilla voladora. Habían existido una serie de símiles parecidos que los unían; cuando lo recordaba, se sentía vagamente avergonzado.

Sus gustos no diferían mucho, y no fue ese el motivo por el que el matrimonio se había venido abajo. Se había callado lo ocurrido, con la esperanza de que ella hubiera hecho lo mismo, ya que los chismes en el trabajo se habrían prolongado de una manera indefinida. Habían querido tener niños, de inmediato y muchos de ellos, y cuando no llegaron, consultaron a varios especialistas y descubrieron que, ¡vaya!, de los dos, el estéril era él. Pero eso no había sido tan malo como lo siguiente, que implicaba el deseo de Pat de localizar lo que ingeniosamente se llamaba «un donante». Las tremendas discusiones sobre aquello los habían separado. Con toda seriedad, pero con connotaciones de autodesprecio y rabia, él le había sugerido que se hiciera con un amante, un lío, con implicación emocional, ya que eso le parecía más aceptable que el dispositivo de ciencia ficción de la inseminación artificial. O, había sugerido él, ¿por qué simplemente no adoptaban? Pero la idea del donante la intrigaba. La teoría de Jim, y eso no le había sentado bien a Pat, era que ella anhelaba la partenogénesis. Y así pues, habían perdido gradualmente cualquier comprensión real el uno del otro.

En ese momento, al mirarla, vio a esa atractiva mujer (todavía no tenía más de veintisiete u veintiocho años) y distinguió, tan fácilmente como siempre, las cualidades que lo habían excitado al principio. Mostraba una verdadera feminidad en todo su cuerpo, no solo una delicadeza, o un aspecto diminuto, o incluso una elegancia. Todos esos elementos estaban presentes, pero además reconoció en ella un espíritu básicamente activo.

Frente a él, Pat le habló en voz baja:

—¿Sabes lo que significa esto? ¿La publicidad de Looney Luke? Significa el fin de tu música clásica. Querrá música de Oklahoma, guitarras acústicas, Roy Acuff. Van a

acabar contigo. Las ancianas ya no te escucharán... Los restaurantes no seguirán con nosotros. Y a ti...

–Lo sé –la cortó él.

–¿Y no vas a hacer nada?

–Hice lo que pude. Protesté.

Ella se levantó y apagó el cigarrillo.

–El teléfono –dijo.

Pasó por delante de él convertida en una ráfaga de color. El brillo de su blusa le pasó muy cerca. También tenía botones en el centro.

Qué extraño, pensó. En el pasado, con el amor que había sentido hacia ella, había estado en el camino adecuado, había sido un buen esposo. En ese momento, si se le ocurría la idea, le parecía un pecado, y el acto en sí era impensable. El tiempo e intimidad, la incongruencia de la vida. Vio cómo se marchaba y se sintió solo, sintió que ni siquiera tenía todavía las respuestas. El principio de la expectativa... Él todavía albergaba ese modelo, esa norma de juicio. Se habían divorciado hacía ya dos años, y durante ese tiempo no había conocido a nadie que fuera capaz de igualarla.

Me quedo cerca de ella –pensó—. Todavía tengo que permanecer en algún sitio cerca de ella.

Volvió a sus discos y cartas y se puso a preparar notas para el programa de música de la cena.